

## ESTUDIO INTRODUCTORIO *EUROPE UNITE*<sup>1</sup>

Durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill fue un apasionado defensor de la unidad europea. Es posible, sin embargo, que su esfuerzo a favor de esta causa, como tantos otros aspectos de su larga trayectoria política o de su desbordante personalidad, haya quedado de algún modo eclipsado por el papel único que jugó Churchill durante la guerra.

En alguna ocasión se ha señalado la paradoja de que un orador y un escritor de su talla, que publicó una veintena de libros y que recibiría años después el premio Nobel de Literatura, pasase a la historia por la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial y, por tanto, por sus éxitos militares. El laborista Clement Attlee, que sucedió a Churchill como primer ministro en 1945, resolvió la aparente paradoja con estas palabras: «Si alguien me preguntara qué hizo exactamente Churchill para ganar la guerra, diría: —*Hablar de ello*—»<sup>2</sup>. En efecto, las palabras de Winston Churchill despertaron el ánimo del pueblo británico, le condujo a la batalla

---

<sup>1</sup> *Europe Unite* es el título que Randolph S. Churchill dio al volumen que recopilaba los 52 discursos de su padre pronunciados en 1947 y 1948. En su introducción, de 18 de noviembre de 1949, Randolph señalaba que esos dos años habían visto florecer la idea de la Europa unida, a la que su padre había dado un nuevo nacimiento en los célebres discursos de Metz y Zúrich. Por ello, a pesar de que los discursos trataban temas muy diversos, le pareció apropiado dar al volumen este título.

<sup>2</sup> BÉDARIDA, FRANÇOIS: *Churchill*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2002. Citado en FUENTES, JUAN FRANCISCO: *Tres miradas sobre Churchill*, Revista de Libros n° 78, 01/06/2003.

casi en solitario, cuando la derrota parecía probable, y más tarde, a la victoria final.

Una vez terminada la guerra en Europa y tras la imprevista derrota electoral sufrida por Churchill en 1945, este orador apasionado e inspirador *habló*, una y otra vez, de Europa. Habló de olvido y reconciliación, de la necesidad de recrear la familia europea y establecer unos Estados Unidos de Europa. Habló de ello antes que los demás, primero en Bruselas en noviembre de 1945, en Metz en julio de 1946, en Zúrich en septiembre... y habló de Europa como ningún otro podía hacerlo en aquel momento, poniendo todo el caudal de su prestigio personal, toda su fuerza y su palabra al servicio de esta causa.

Este libro recoge los discursos pronunciados por Winston Churchill sobre la unidad europea. Incluimos así, en primer lugar, los correspondientes a sus seis años como líder de la oposición, entre 1945 y 1951. En el mes de mayo de 1945, cuando la guerra había terminado en Europa pero aún se prolongaba en Asia, la gran coalición con la que Churchill había gobernado durante cinco años se disolvía y se convocaban elecciones generales. Para sorpresa de todos —del propio Churchill, de los conservadores y hasta de Truman y Stalin, que esperaban en Potsdam su regreso para continuar negociando—, los laboristas se hacían con el gobierno, convirtiendo a un decepcionado Winston Churchill en el líder de la oposición. Desde ese momento, y hasta su retorno al poder en 1951, Churchill habló apasionadamente de Europa en los discursos que se recogen en estas páginas. A nuestro parecer, de su firme apuesta por la unidad europea en estos años no cabe duda alguna.

Se recogen también en este libro algunos discursos, menos numerosos, pronunciados después de la victoria conservadora que le llevaría de nuevo al gobierno en el otoño de 1951, así como una reveladora carta final. En esta segunda etapa, Churchill habló en menor medida sobre la unidad de Europa. También es cierto que en estos años no se produjo un cambio sustancial en cuanto a la participación del Reino Unido en las organizaciones europeas, en la Comunidad Europea del Carbón y el Acero y en el proyecto

de Comunidad Europea de Defensa. Antes, en los años de la oposición, el entusiasmo de Churchill por la idea de Europa había sido tal, que muchos habían esperado una implicación más profunda del Reino Unido en su segundo mandato. Entre los decepcionados se encontraban algunos de sus colaboradores más cercanos, como su yerno Duncan Sandys, el joven Harold Macmillan o Maxwell Fyfe que, animados por Churchill, habían defendido la unidad europea en los años de la oposición.

En este estudio introductorio recordaremos el contexto en el que fueron pronunciadas sus palabras y buscaremos las claves que explican tanto su firme apoyo a la construcción europea en los años de la segunda posguerra, como esa ambigüedad sobre la participación del Reino Unido que caracteriza los años de su segundo mandato.

### *Churchill y Europa, setenta años después*

Cabe preguntarse qué interés puede tener, setenta años después, recordar las palabras sobre la unidad europea pronunciadas por Churchill en 1946, o incluso sobre aquellas Comunidades Europeas que daban sus primeros pasos en los años cincuenta. ¿Qué relevancia puede tener todo ello hoy, cuando tantas cosas han cambiado en el Reino Unido y en la Unión Europea? Lo cierto, sin embargo, es que esta cuestión sigue siendo relevante en nuestros días, como prueba el hecho de que las palabras de Churchill sobre Europa hayan resurgido en la escena británica con motivo del debate sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión.

Sin duda ello se debe, en primer lugar, a la extraordinaria popularidad de Winston Churchill, el más querido y admirado primer ministro británico. Ya en los últimos años de su vida su prestigio era tal, que la más leve crítica a su carácter o a sus logros se consideraba «no solo de un gusto execrable, sino casi blasfemo»<sup>3</sup>. Esto

---

<sup>3</sup> Robert Rhodes James cita estas palabras de Malcolm Moggeridge en su introducción a los 8 volúmenes de sus discursos. RHODES JAMES, R.: *Winston*

se debe muy particularmente a su papel durante la guerra, su hora más gloriosa, y a la impresión de que, si él no hubiese estado allí en aquel momento, las cosas bien podrían haber seguido un curso diferente.

Por lo demás, Winston Churchill ha ejercido siempre una especial fascinación debido a su personalidad poderosa y desbordante. De entre las incontables anécdotas que podrían dar cuenta de este particular magnetismo, podría destacarse el relato que Violet Asquith, hija del primer ministro, recogería años después de su primer encuentro en una cena celebrada en 1906. Sentado a su lado, Churchill permaneció por mucho tiempo abstraído; entonces, pareció de repente tomar conciencia de su existencia:

«Rompió en una elocuente diatriba sobre la brevedad de la vida y la inmensidad de la posible realización humana, un tema tan bien explotado por poetas, profetas y filósofos de todos los tiempos que podría parecer difícil dotarle de un significado nuevo y sorprendente. Sin embargo, en mi opinión, lo hizo, en un torrente magnífico de lenguaje que parecía al tiempo espontáneo e inagotable, y terminó con unas palabras que nunca olvidaré: 'Somos todos gusanos. Pero creo que yo soy una luciérnaga'. Para entonces, yo ya estaba convencida de ello, y mi convicción permaneció inalterable en los años que siguieron»<sup>4</sup>.

También es cierto que esa particular fascinación que aún ejerce en nuestros días hace que tan alto sea el riesgo de venerarlo en exceso, como el de que sus palabras sean manipuladas. De este peligro era consciente el propio Churchill en los últimos años de su vida, y también sus más íntimos colaboradores como Jock Colville o Anthony Montague Brown, que velaron porque su nombre y su prestigio personal no fuesen aprovechados con fines partidistas y

---

*S. Churchill, His Complete Speeches*, Chelsea House Publishers, NY & London, 1974, vol.1, p. 3. (Tanto la traducción de esta cita como de las que siguen son propias).

<sup>4</sup> BONHAM CARTER, VIOLET: *Winston Churchill as I knew him*, 1965, p. 15. Citado por JENKINS, ROY: *Churchill*, MacMillan, 2002, London, pág.137.

porque sus palabras y actos no fuesen manipulados o sacados de contexto como veremos que ocurrió, en sus últimos años, precisamente en relación con sus opiniones sobre la unidad europea.

En segundo lugar, si su idea de Europa sigue siendo hoy relevante, esto se debe probablemente a que, a pesar de los cambios profundos que han tenido lugar en el Reino Unido y en la escena internacional, no es menos cierto que late tras este debate, ayer y hoy, una misma pregunta sobre la relación del Reino Unido con Europa, sobre la identidad británica y sobre su destino. De algún modo, por su particular clarividencia y esa intuición para adivinar el curso de la historia que tantas veces manifestó, parece que podríamos esperar de Churchill que ya percibiese, en aquellos años, el dilema europeo del Reino Unido. Al fin y al cabo, si bien fue un victoriano, educado en unos valores y una idea romántica de su país que ya forman parte del pasado, también es cierto que vivió plenamente el inicio del movimiento europeo, el Congreso de La Haya, la creación de las Comunidades Europeas y hasta la primera propuesta del gobierno británico de ingresar en la Unión.

Por último, más allá de todo esto, la lectura de los escritos europeos de Churchill tiene interés, sencillamente, por su valor intrínseco; por su imaginación y su intuición, por su dominio de la lengua y la belleza de sus palabras y porque, al fin y al cabo, Churchill era un escritor tanto como un político.

Además, a diferencia de tantos otros, escribía él mismo, de su puño y letra, cada uno de sus discursos. Si sus numerosísimas intervenciones podrían dar la impresión de que su escritura fluía espontáneamente, la realidad era bien distinta. Trabajaba en sus discursos incansablemente, los armaba pieza a pieza, desarrollando paulatinamente su particular estilo personal. Cada uno era una prioridad, un resultado de varios días de trabajo. Sus colaboradores contaban que nada le molestaba tanto como ser interrumpido cuando los escribía y su hijo Randolph confirmaría después que no fue un orador nato: «Nada fue fácil para él, ni siquiera la oratoria y la escritura, en la que más tarde sobresaldría».

Solo alguno de sus últimos discursos, como el pronunciado con motivo de la entrega del Premio Carlomagno, fue redactado, bajo su supervisión, por uno de sus secretarios. Sin embargo, dicho esto, cabe destacar el hecho —tan sorprendente como el propio Churchill— de que, a la hora de trabajar en sus numerosos libros, en lugar de escribir, hablaba, pues pronto adquirió la costumbre de dictarlos a sus secretarías. De este modo, paradójicamente, escribía las palabras de sus discursos y pronunciaba las de sus libros<sup>5</sup>. Por eso, sus discursos sobre Europa son en realidad escritos cuidadosamente redactados.

### *Referencias tempranas a la unidad europea. Antes de 1945.*

Uno de los rasgos más extraordinarios de la carrera política de Churchill fue su duración, solo comparable en la política británica a la de Gladstone. En el año 1900, un joven Winston Churchill dejaba atrás su carrera militar para ocupar por vez primera un escaño en la Cámara de los Comunes. Para entonces, ya había alcanzado fama por su valerosa y discutida huida de una prisión bóer, así como por sus trabajos de corresponsal de guerra y por la célebre publicación de dos libros de gran éxito sobre sus campañas militares: *The Malakan Field Force* y *The River War*. Desde entonces, hasta su última renuncia, un año antes de su muerte, fue miembro del Parlamento durante sesenta y cuatro años, con dos únicas interrupciones, y ocupó casi todos los altos cargos en la administración británica.

Su carrera fue, además, tan accidentada como prolongada. Cinco años después de ganar su escaño ya se había cambiado por vez primera de partido, dejando las filas conservadoras para pasarse a los liberales, con los que ocupó un cargo en el gobierno. Poco después ya estaba en el gabinete, y continuó en ascenso hasta 1915,

---

<sup>5</sup> «En cierto sentido, escribía sus discursos y contaba sus libros», RHODES JAMES, R.: *Winston S. Churchill, His Complete Speeches*, Chelsea House Publishers, NY & London, 1974, vol.1, p. 11.

cuando el desastre de Dardanelos pareció acabar de golpe con su brillante carrera. Hasta 1940 no se recobraría plenamente para vivir, en la Segunda Guerra Mundial, su hora más dulce. De nuevo contra todo pronóstico, en julio de 1945, sorprendió al mundo al perder las elecciones. También sorprendió a Clementine, su mujer, y a muchos de sus colaboradores más cercanos, al renunciar a poner término a su carrera política en este momento. Bien al contrario, lideró la oposición, y para desmayo de muchos, volvió a ejercer un segundo mandato en 1951 que se prolongaría hasta su renuncia final en 1955.

A la hora de examinar su idea de Europa es preciso pues considerar la longitud de su trayectoria. Durante la mayor parte de la misma, la cuestión de la unidad europea, simplemente, no se planteaba en la realidad de la política. Salvo alguna iniciativa aislada —como la propuesta de federación europea del ministro Aristide Briand ante la Sociedad de Naciones en 1929—, hasta la segunda posguerra, la integración europea era poco más que una utopía soñada por algunos intelectuales.

Por supuesto, esto no obsta para que Churchill, el político y también el historiador, tuviese una cierta idea de Europa y en particular de las consecuencias de la tensión arrastrada por Francia y Alemania desde 1870. En el primer volumen de su obra *The World Crisis*, publicado en 1923, Churchill se refirió a las causas la Gran Guerra, señalando:

«¿Podríamos nosotros, desde Inglaterra, quizás mediante algún esfuerzo, algún sacrificio de nuestros intereses materiales, algún gesto apremiante al tiempo de amistad y de mando, haber reconciliado a Francia y Alemania a tiempo, y haber formado esa gran asociación, la única en la que la paz y la gloria de Europa estaría a salvo?»<sup>6</sup>.

Esta temprana reflexión sobre la reconciliación franco alemana que resonaría años después en el célebre discurso de Zúrich,

---

<sup>6</sup> CHURCHILL, WINSTON. S.: *The World Crisis, 1911-1918*, Free Press, New York, 1932, p. 6.

asomó también en un artículo publicado en 1930 en el *Saturday Evening Post*. En él, Churchill señalaba que el odio y la desconfianza de la Primera Guerra Mundial solo podrían ser superados por la cooperación y la dependencia y se pronunciaba a favor de unos *Estados Unidos de Europa*, utilizando estas palabras por vez primera. En el mismo artículo, Churchill subrayaba cuál sería la fortaleza de Europa si sus divisiones fuesen superadas:

«La masa de Europa, una vez unida, una vez federalizada o federalizada en parte, una vez continentalmente consciente de sí misma... constituiría un organismo incomparable»<sup>7</sup>.

No obstante, añadía también, Gran Bretaña no podría participar, pues tenía sus propios sueños: «Estamos con Europa, pero no en ella. Estamos vinculados, pero no comprometidos». Recogía así, la expresión que sería después tantas veces citada: «*We are with Europe, but not of it*».

Llama la atención esta defensa de la idea de Europa en un momento tan temprano. En los años treinta, la integración había sido propuesta con entusiasmo por el conde Coudenhove-Kalergi, promotor de la Unión Paneuropea, pero al margen de algunos intelectuales y el ministro Briand, había recibido poco apoyo en la escena política. Por ello, no deja de ser significativo que el nombre de Winston Churchill fuese considerado como posible sucesor de Briand en la presidencia de la Unión Paneuropea y que posteriormente, en 1953, la obra de Coudenhove-Kalergi, *An Idea Conquers the World*, se publicase con prefacio de Winston Churchill.

Pero quizás, la iniciativa de integración europea más audaz anterior a la segunda posguerra fue la propuesta de Unión franco-británica de 1940, promovida por el francés Jean Monnet, que en aquel entonces presidía desde Londres el Comité de Coordinación franco-británico. En esos momentos desesperados antes de la firma del armisticio, el día 16 de junio, el gabinete presidido por Churchill aprobaba la *Declaración de la Unión* con el fin de

---

<sup>7</sup> *Saturday Evening Post*, 15 de febrero de 1930.



apoyar el gobierno de Reynaud y así mantener vivo el esfuerzo de guerra francés:

«Francia y Gran Bretaña no serán ya dos naciones, sino una Unión Franco-Británica. La constitución de la Unión establecerá órganos comunes de política de defensa, asuntos exteriores, financieros y económicos. Cada ciudadano de Francia disfrutará inmediatamente de la ciudadanía británica, cada súbdito británico será también ciudadano francés».

Solo la extrema gravedad de la situación explica esta iniciativa, cuyo fracaso se confirmó en los días que siguieron. Para Jean Monnet, la gravedad del momento exigía dar un salto audaz en una idea que ya tenía en mente mientras trabajaba en la coordinación progresiva del esfuerzo de guerra:

«Si durante los meses anteriores, con mis amigos ingleses, habíamos soñado con vínculos más íntimos entre nuestros países, quizás con una confederación, ahora había que decidir una unión total, una fusión inmediata para hacer frente juntos a la opción que se nos presentaba entre tiranía y libertad»<sup>8</sup>.

Para Churchill, sin embargo, esta apuesta por la fusión total de soberanías solo se explica en las circunstancias excepcionales de la guerra. Como más tarde relataría en sus memorias, su primera reacción fue desfavorable y planteó de entrada toda serie de objeciones. Solo el apoyo del gabinete explica su aprobación final:

«Me sorprendió ver cómo hombres de todos los partidos, políticos serios, sólidos, experimentados, se comprometían tan apasionadamente en una empresa inmensa, cuyas complicaciones y consecuencias no habían sido sopesadas en absoluto. No me empeciné, sino que, por el contrario, cedí ante aquella oleada generosa que alzaba nuestra voluntad de acción a tan alto grado de desinterés y de valor»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> MONNET, J.: *Memorias*, Ed. Encuentro e Instituto de Estudios Europeos, Madrid, 2010, p. 161.

<sup>9</sup> Citado en Monnet, J.: *Memorias*, Ed. Encuentro e Instituto de Estudios Europeos, Madrid, 2010, p. 162.

Fracasado el proyecto, Churchill se ocupó por completo del esfuerzo de guerra dejando de lado la idea de Europa hasta que los acontecimientos permitieron ir planteando el futuro. En octubre de 1942 habló de un *Consejo de Europa* que permitiría actuar «de manera unificada». En enero de 1943 se refirió a una Europa «integrada en la mayor medida de lo posible, sin anular las tradiciones y características individuales». Ya entonces, sus propuestas fueron mal recibidas por su ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, ocasionando las primeras discusiones al respecto en el gabinete<sup>10</sup>.

### *Primeras menciones a la unidad europea después de la guerra. 1945-1946.*

En julio de 1945, cuando la lucha se prolongaba aún en Asia, los británicos votaron en las elecciones generales en favor de los laboristas de Clement Attlee y su programa de reforma social. Para los conservadores fue una tremenda e inesperada derrota, que Churchill asumió con entereza diciendo: «Tienen todo el derecho a votar como les plazca. En eso consiste la democracia. Por eso han estado luchando». Su esposa, Clementine, señaló que «bien podría ser una bendición disfrazada», pero esa era una opinión que ciertamente Churchill no compartía. Para él, la derrota significaba la imposibilidad de finalizar la guerra en Asia y de participar en las negociaciones de paz en un momento determinante. Sus conversaciones con Stalin y con Truman quedaron interrumpidas y, en los primeros días de septiembre, el nuevo líder de la oposición partía de vacaciones hacia el lago Como.

---

<sup>10</sup> El secretario privado de Anthony Eden recogió la discusión que tuvo lugar en el gabinete el 3 de noviembre de 1943: «Hoy bronca en el gabinete con motivo de la posguerra (...). (El primer ministro) dijo que la Europa de la posguerra solo podría funcionar si Gran Bretaña y Rusia se mantenían al margen y Europa era dirigida por un Gran Consejo de las Grandes Potencias, incluyendo a Prusia, Italia, España y la Confederación Escandinava (...)». Recoge también que Anthony Eden «se puso furioso con la intervención de Churchill». Citado en BELOFF, MAX: «Churchill and Europe», en BLAKE, ROBERT and LOUIS, WILLIAM R.: *Churchill*, Oxford University Press, New York, 1993, p. 446.

Tras unos días de descanso, Churchill viajó a París y Bruselas, donde fue recibido con entusiasmo. Allí pronunció, el 16 de noviembre de 1945, el primero de los discursos aquí recogidos, en el que ya revelaba dos de sus prioridades para los años que seguirían. En primer lugar, se refirió a la estrecha relación del Reino Unido, la *Commonwealth* y el Imperio con los Estados Unidos, destacando esa «unidad de pensamiento y convicción que impregna el mundo de habla inglesa», aunque también mencionaba, sabedor de las reticencias que despertaría, que las asociaciones especiales, siempre en el círculo de las Naciones Unidas, lejos de debilitar a esta organización, la fortalecerían. En segundo lugar, en sus últimas palabras, de modo inesperado, brevísimo y con una particular expresión que casi parece negar lo que afirma, propuso la creación de los Estados Unidos de Europa:

«No veo razón por la que, bajo la tutela de una organización mundial, no puedan surgir los Estados Unidos de Europa, unificadores de este continente de un modo nunca conocido desde la caída del Imperio Romano, un espacio en el que todos sus pueblos coexistan en prosperidad, justicia y paz».

Y allí terminó. Unos días después, viajaba con Clementine hacia los Estados Unidos, invitados por el presidente Truman para impartir unas conferencias en Fulton, Missouri. Tras unas semanas de sol en Miami y en Cuba, Churchill tomaba, acompañado por Truman, el tren que le llevaría de Washington a Fulton, donde había de pronunciar el segundo de los discursos que se recogen en este libro. Era un largo viaje, que Churchill y Truman aprovecharon para jugar al póker y releer el discurso que con tanto cuidado había preparado Churchill: «Me dijo (Truman) que le parecía admirable y haría mucho bien, aunque también causaría un revuelo», escribió Churchill a Attlee.

En Fulton, Churchill apenas se refirió a la unidad europea. Tan solo unas palabras para señalar que «la seguridad mundial requiere una nueva unidad en Europa, de la cual ninguna nación pueda ser excluida permanentemente» y manifestar su opinión en que

esta era, a su parecer, «una causa política abierta de extraordinaria importancia». A pesar de ello, resulta necesario incluir el discurso de Fulton a la hora de repasar el pensamiento europeo de Churchill, pues se trata, junto con el de Zúrich, del discurso más importante pronunciado en los años de la oposición y quizás también el más controvertido. Además, si bien no es un discurso sobre la integración europea, sí es un discurso sobre Europa, que en su párrafo más conocido menciona, una por una, las capitales que quedaban al otro lado del Telón de Acero:

«Desde Settin, en el Báltico a Trieste en el Atlántico, un Telón de Acero ha caído sobre el continente. Detrás de esa línea están todas las capitales de los antiguos estados de la Europa Central y Oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas famosas ciudades y sus moradores han caído en lo que debo llamar la esfera soviética y todas están sometidas, de una forma u otra, no solo a la influencia soviética, sino a un enorme y en muchos casos creciente control de Moscú».

Por lo demás, es un discurso crucial para comprender la posición de Churchill sobre Europa, precisamente porque fue la más firme expresión pública de su apuesta por la relación especial con los Estados Unidos en el nuevo escenario. Frente a la voluntad de Rusia de «expansión de su poder y sus doctrinas», señalaba Churchill que la paz y la democracia no podrían ser preservadas sin una asociación fraternal, una «relación especial» entre la *Commonwealth*, el Imperio y los Estados Unidos, si bien una vez más insistía en que tal cosa tendría lugar sin menoscabo de las Naciones Unidas.

El impacto de este discurso en la prensa internacional<sup>11</sup> manifiesta una relevancia que, en nuestros días y a la vista de los acontecimientos que siguieron, podríamos tender a minusvalorar. Las críticas llegaron de inmediato desde Estados Unidos y fueron tales que el propio Truman se distanció en la conferencia de prensa

---

<sup>11</sup> Sobre las reacciones en la prensa internacional: GILBERT, MARTIN: *Winston S. Churchill*, Vol. VIII, Heinemann, London, p. 180-206.

que tuvo lugar unos días después. El *Chicago Sun* censuró las «doctrinas venenosas» de Fulton y el *Wall Street Journal* apuntó que «los Estados Unidos no quieren alianza alguna, ni nada que parezca una alianza, con ninguna otra nación». Incluso en Londres, *The Times* se refirió a sus «párrafos menos afortunados», y si bien Attlee, conocedor de las gestiones que Churchill había realizado en Estados Unidos en apoyo de un préstamo solicitado por su gobierno, no quiso reprobado el discurso, en las filas laboristas se le acusó de belicista, y un grupo de diputados presentó una moción de censura contra él.

No obstante, como era de esperar, las reacciones más duras vinieron de Moscú. *Pravda* denunció las *calumnias* sobre el expansionismo soviético y Stalin devolvió el golpe en una entrevista publicada en esas páginas:

«Ahora, el Sr. Churchill está comenzando su proceso de desatar la guerra también [como Hitler] con una teoría racial, declarando que solo aquellos pueblos que hablan inglés son naciones legítimas<sup>12</sup>, cuya vocación es controlar el destino de todo el mundo...».

Antes de partir de vuelta a Londres, Churchill escribió a Attlee y a su ministro de Exteriores, Ernest Bevin, contándoles de su viaje a Fulton y reiterando que solo desde una posición de fuerza podría lograrse un buen acuerdo con Rusia. En la misma carta predijo que esa sería, en el futuro cercano, la opinión predominante en los Estados Unidos.

De vuelta en Europa, el 9 mayo 1946, pronunció un nuevo discurso en La Haya con el título «Los Estados Unidos de Europa». No se ha recogido en estas páginas pues se trata, en su mayor parte, del mismo pronunciado en Bruselas en noviembre del 45, y contiene las mismas palabras finales: «No veo ninguna razón por la que, bajo la tutela de una organización mundial, no deberían finalmente surgir los Estados Unidos de Europa...». Pero lo que aquí querríamos destacar son precisamente las palabras que

---

<sup>12</sup> *Full blooded nations*, en el original.

antecedan ese párrafo: «Digo aquí, como dije en Bruselas el año pasado...» Y es que, como se verá a lo largo de este libro, en sus numerosas intervenciones sobre Europa y desde su primera enunciación, Churchill reivindicó su propuesta destacando, una y otra vez, su temprana defensa de la idea de Europa.

De esta etapa inicial recogemos también su discurso pronunciado en julio en la ciudad de Metz. Allí se refirió detenidamente a la relación de Francia y Gran Bretaña, enfatizando que nunca se permitiría *la menor recriminación*. También habló de nuevo de unidad —«La primera palabra que les dirijo hoy aquí es: ¡Europa!»—, poniendo de manifiesto cómo la idea de Europa, expresada por ahora de modo sintético, casi como una intuición, iba ganando consistencia en su discurso.

### *La gran apuesta por Europa. Zúrich, septiembre de 1946.*

El discurso pronunciado en la Universidad de Zúrich es frecuentemente citado como la muestra más firme y relevante de su apuesta por la unidad de Europa. Churchill había pasado varias semanas de descanso a orillas del lago de Ginebra, pintando y preparando cuidadosamente este discurso en compañía de Clementine y su hija Mary. El 19 de septiembre, pronunciaba su célebre discurso sobre «La tragedia de Europa», que el lector encontrará en estas páginas. Por vez primera, dedicó la totalidad de su intervención a Europa, a su trágica historia y su posible *remedio*.

La novedad del discurso radica en la idea de reconstruir la familia europea comenzando por una asociación —*a partnership*— entre Francia y Alemania. El propio Churchill previó la sorpresa que causaría su propuesta en aquellos días de inmediata postguerra: «Ahora, voy a decir algo que les sorprenderá...»; pero no por ello dejó de expresarse con contundencia: «No puede haber renacimiento de Europa sin una Francia magnánima y una Alemania magnánima».

En efecto, sus palabras fueron recibidas con frialdad en Francia, desde donde Duncan Sandys escribiría<sup>13</sup>:

«[De Gaulle] dice que la referencia en el discurso del Sr. Churchill a una asociación franco alemana había sido mal recibida en Francia. Alemania, como Estado, ya no existía. Todos los franceses se oponían violentamente a la creación de cualquier tipo de *Reich* unificado y centralizado».

Como señaló *The Times*<sup>14</sup>, en Zúrich, Churchill mostró una vez más que «no tenía miedo de asombrar al mundo con nuevas, e incluso, como a muchos debían parecer, *escandalosas proposiciones*». Por lo demás, continuaba *The Times* con escepticismo, había pocos signos de que «esa unidad tan deseada y de la que tanto se hablaba estuviese en camino», y en todo caso, el peligro del argumento y de su planteamiento en aquel momento era «que estaba basado en la asunción de que Europa estaba ya irrevocablemente dividida entre Este y Oeste».

Por otra parte, en Zúrich, queda fuera de duda que en aquel momento Churchill no contemplaba la posibilidad de que Gran Bretaña participase en la Europa unida: «Gran Bretaña, la *Commonwealth* de naciones, la poderosa América y, así lo espero, la Rusia soviética — pues con ella el cuadro quedaría completo — tienen que ser los amigos y patrocinadores de la nueva Europa». En realidad, llama la atención incluso la ausencia de argumentación al respecto, que sugiere que Churchill no consideró siquiera necesario explicar por qué motivos permanecerían al margen.

Desde Francia, sin embargo, la auto-exclusión de Gran Bretaña apuntada por Churchill no pasó desapercibida. La citada carta de Duncan Sandys continuaba recogiendo la reacción del general De Gaulle en estos términos — tan sorprendentes a la luz del veto que años después opondría a la entrada del Reino Unido en las Comunidades Europeas —:

---

<sup>13</sup> Carta de Duncan Sandys de 26 de noviembre de 1946. Citado en GILBERT, MARTIN: *Winston S. Churchill*, Vol. VIII, op.cit. p. 286.

<sup>14</sup> *The Times*, 20 de septiembre de 1946. Citado en GILBERT, MARTIN: *Winston S. Churchill*, Vol. VIII, op.cit. p. 266.

«A menos que se tomasen medidas para evitar una reanimación del poder alemán, existía el peligro de que una Europa unida se convirtiese en nada más que una Alemania ampliada. Hizo hincapié en que, para ganarse el apoyo francés a la idea de la unión europea, Francia debería entrar como socio fundador con Gran Bretaña. Además, ambos países deberían alcanzar un entendimiento preciso sobre la actitud a adoptar hacia Alemania antes de que tuviese lugar aproximación alguna a esta».

Al margen del lugar de Gran Bretaña en todo esto, conviene subrayar la audacia de la propuesta de Churchill. A la vista de los acontecimientos posteriores, y la normalidad con la que hoy contemplamos la integración europea y el papel jugado por el tándem franco-alemán, resulta fácil minimizar la determinación de Churchill al proponer a los franceses una unión con los alemanes sobre las cenizas de la guerra. Como en Fulton, Churchill mostró en Zúrich su intuición para adelantarse a su tiempo y adivinar el camino que los acontecimientos tomarían en el futuro.

Por lo demás, su prestigio indiscutible aportó autoridad a una idea que en boca de otros no hubiese sido seriamente considerada. Como le diría su colega conservador, Leo Amery: «Los franceses están asombrados, como era de esperar. Pero la idea calará de todos modos (...)»<sup>15</sup>. También Coudenhove-Kalergi le escribiría unos días después: «Ahora que usted ha planteado la cuestión europea, los gobiernos no pueden seguir ignorándola»<sup>16</sup>. Por último, como muestran los escritos que se recogen a continuación, Zúrich fue solo el principio de un esfuerzo continuado en favor de la unidad europea. A partir de este momento, la idea de Europa es mucho más que una intuición histórica o una sintética propuesta política. Desde septiembre de 1946 se convierte, para Churchill, en una de las causas prioritarias de la legislatura.

---

<sup>15</sup> GILBERT, M.: *Winston S. Churchill*, vol. VIII, op.cit. p. 267.

<sup>16</sup> Carta de Coudenhove-Kalergi a Churchill de 23 de septiembre de 1946, *Churchill Papers*, 2/91. Citado en GILBERT, M.: *Winston S. Churchill*, vol. VIII, op.cit., p. 267.



*Churchill y el despertar de la construcción europea. El Congreso de La Haya, mayo de 1948.*

A partir de este momento va teniendo lugar la construcción, la elaboración progresiva de su idea de Europa, al servicio de la cual Churchill puso su tremenda energía y capacidad de trabajo. Primeramente, a su vuelta de Zúrich, trató de establecer lo que denominó *All Party Group*, pero sus apoyos fueron escasos entre los diputados laboristas y Attlee mostró poca simpatía por un proyecto que a su parecer podría ser *malinterpretado*, y cuyos objetivos, decía, podrían lograrse en el marco de las Naciones Unidas<sup>17</sup>.

Decepcionado, Churchill inició la búsqueda de apoyos para establecer un movimiento, no estrictamente político, en favor de la idea de Europa, y a inicios de 1947 fundó en Gran Bretaña el *United Europe Movement* que él mismo presidiría. No obstante, ni siquiera entre las filas conservadoras fue recibido con entusiasmo. Duncan Sandys, al que Churchill situó a la cabeza del movimiento europeo, le escribiría en el mes de abril sobre las reticencias de algunos diputados que se quejaban de no haber sido involucrados y le manifestaba su temor a que se volvieran hostiles<sup>18</sup>.

El 14 de mayo, con motivo del lanzamiento del Movimiento Europeo, pronunciaba en el Albert Hall de Londres un rico y precioso discurso con el título «Europa Unida». El lector encontrará aquí un escrito nuevo, diferente al de Zúrich, en el que Churchill habló extensamente sobre la concepción espiritual de Europa, sus límites y su identidad, recordando aquellos tiempos en los que los romanos podían viajar libremente bajo la protección de una ciudadanía común y expresando su esperanza en una Europa «en la que

---

<sup>17</sup> En su respuesta a la carta de Churchill de 27 noviembre del 46 (*Churchill Papers*, 2/18; GILBERT, M.: *Winston S. Churchill*, vol. VIII, op.cit., p. 286.), Attlee escribiría el 4 de diciembre que si bien los diputados laboristas eran libres de actuar conforme a su mejor parecer, tras discutir el asunto con sus colegas «se ha sugerido que los objetivos perseguidos por esta organización se lograrían mejor a través de las Naciones Unidas que de una organización diferente cuyos objetivos podrían ser malinterpretados y tergiversados».

<sup>18</sup> Carta de 17 de abril de 1947, *Churchill Papers*, 2/22.

cada hombre estará orgulloso de decir ‘soy europeo’, como una vez se dijo *civis romanus sum*».

Este bonito discurso marca también, a nuestro parecer, un cambio en cuanto a la posición que Churchill contempla para Gran Bretaña. Esta, centro y cumbre de la *Commonwealth*, constituye para él uno de los cuatro *pilares* o de las cuatro grandes entidades regionales de la escena internacional, junto con los Estados Unidos, la Unión Soviética y Europa (a lo que añade: con la que Gran Bretaña está profundamente vinculada). Pero a continuación, incluye también a Gran Bretaña como miembro de la familia europea con estas sorprendentes palabras: «Si la Europa unida ha de ser una fuerza viva, Gran Bretaña tendría que actuar en ella plenariamente como el miembro de la familia europea que es». Con ello, consideramos que abandona esa claridad que antes había mantenido sobre la no participación de su país e inicia un camino, no exento de ambigüedad, en el parece casi arrastrado por su propio entusiasmo por la idea de Europa.

Destaca también, una vez más, el énfasis en su propio papel como promotor de la unidad europea, que en esta ocasión remonta hasta «cerca de quince años atrás» y que comienza a aparecer, de un modo u otro, en casi todas sus intervenciones sobre Europa. Esto muestra una fuerte reivindicación de su iniciativa y quizás también la intuición de que en su prematuro apoyo a la idea de Europa se había adelantado al camino que tomarían los acontecimientos... Sin duda, Churchill era bien consciente de aquellos momentos a lo largo de su carrera política en los que su clarividencia se había reconocido. Muchas veces, en estos discursos, aparece esa afirmación, solo aparentemente humilde: «No siempre me he equivocado».

En estos momentos, Churchill es ya la voz más potente a favor de la unidad europea. La fuerza y la visibilidad que la intervención de Zúrich había dado a esta causa explican el rol que Churchill asumiría, a partir de 1948, en el movimiento que llevaría al establecimiento de la primera organización europea de la segunda postguerra, el Consejo de Europa. El siete de mayo, el comité de

coordinación internacional de movimientos para la unificación europea reunía en La Haya cerca de ochocientos delegados que asistían a título personal. Entre ellos se encontraban los hombres que habrían de liderar en los años siguientes la integración europea: Monnet, Spaak, Adenauer, Spinelli, de Gasperi...

Churchill acudió con una delegación de 140 miembros, entre los cuales había logrado incorporar a 22 diputados laboristas, a pesar del poco interés manifestado por el gobierno, 7 liberales y 23 conservadores. Inauguró la conferencia, con un poderoso discurso, pidiendo la constitución de una Asamblea Europea. Una vez más, se trata de un discurso enteramente nuevo, con nuevas referencias históricas y nuevas expresiones de su razón de Europa:

«Para nosotros, el problema alemán consiste en la restauración de la vida económica de Alemania, renovando la antigua fama del pueblo alemán sin exponer por ello a sus vecinos y quedar nosotros mismos expuestos a la reconstrucción y a la afirmación, una vez más, de su poderío militar, del cual nos quedan todavía las cicatrices. La Europa unida es la única solución para este problema».

Especialmente sugerentes resultan también las palabras con las que parece adelantarse a su tiempo al referirse al necesario sacrificio de soberanía nacional que exigiría una unión política más estrecha:

«Se ha dicho con razón que esto implica algún sacrificio o fusión de las soberanías nacionales. Pero en este proceso también es posible y no menos conveniente que los estados concernidos contemplaran la gradual asunción de una soberanía más amplia, que es la única que puede proteger sus costumbres diversas y singulares y sus tradiciones nacionales, las cuales, bajo sistemas totalitarios, nazis, fascistas o comunistas, serían ciertamente destruidas para siempre».

En cuanto a la participación del Reino Unido, en La Haya se produce un cambio sustancial. Ya no menciona cuatro pilares, como en el discurso del Albert Hall, sino solo tres, pues propone, en el marco de las Naciones Unidas, y junto a la Unión Soviética

y los Estados Unidos, un Consejo de Europa «*incluyendo* a Gran Bretaña, a su vez vinculada con su Imperio y la *Commonwealth*». Se trata de giro muy significativo, que sorprenderá al lector de sus discursos previos.

El discurso fue recibido con entusiasmo, como muestra la foto de Churchill, emocionado, que recogemos en estas páginas. En aquel momento tan temprano, su firme apuesta por la unidad europea hizo posible su inclusión en la agenda política, impulsando el Congreso de La Haya y los acontecimientos que a continuación darían lugar a la creación del Consejo de Europa, la primera organización europea de la segunda posguerra.

También es cierto, como en ocasiones se ha señalado, que la estrategia europea de Churchill le procuró, desde La Haya, notables réditos políticos. Elegido presidente del Movimiento Europeo Internacional, Europa le sirvió como un foro en el que restablecer su estatus en su propio partido y ganar una visibilidad y relevancia en la escena internacional que no hubiera podido lograr desde la Cámara de los Comunes<sup>19</sup>. También fortaleció su autoridad como hombre de Estado, no solo asociado al pasado, sino también al futuro<sup>20</sup>, y ofreció una proyección a los conservadores más jóvenes como Harold Macmillan, Duncan Sandys, David Eccles, David Maxwell Fyfe y Robert Boothby, que servirían como delegados en la Asamblea del Consejo de Europa<sup>21</sup>.

### *Churchill en favor del Consejo de Europa. 1948-1950.*

Finalizado el Congreso de La Haya, en el otoño de 1948, el debate europeo fue ganando intensidad en Gran Bretaña. Recogemos en estas páginas dos discursos pronunciados en Gales y en

---

<sup>19</sup> MAUTER, R. WENDELL: «Churchill and the unification of Europe», *The Historian*, vol. 61, n.1, p. 67, 69, 82, 89.

<sup>20</sup> ASHFORD, N.: *The Conservative party and European Integration, 1945-1975*, PhD. Thesis, University of Warwick, 1983, p. 39.

<sup>21</sup> MAUTER, R. WENDELL: «Churchill and the unification of Europe», *op.cit.*, p. 73.

Londres que nos aproximan a esta cuestión desde una perspectiva nacional. Fueron estos unos años difíciles para los británicos, pues al margen de las dificultades económicas de la posguerra, el país había afrontado la independencia de la India en el verano de 1947 y la de Birmania a principios de 1948. Mientras, la amenaza soviética se extendía por Europa; en febrero, el Partido Comunista se hacía con el poder en Praga y en el mes de junio las fuerzas soviéticas imponían el bloqueo de Berlín.

El primero de estos discursos, en el mes de octubre, fue pronunciado en Llandudno, en Gales, con motivo de la conferencia anual conservadora. Es un discurso directo sobre la creciente agresividad del gobierno soviético, en el que afirma que solo la bomba atómica en posesión americana se interpone ya entre Europa y el sometimiento completo a la tiranía comunista. Es también un discurso duro contra el resultado económico del gobierno laborista y su programa de nacionalizaciones que había afectado ya al Banco de Inglaterra, al carbón, a la aviación civil, al transporte, a la electricidad y al gas.

Pero quizás lo más relevante de Llandudno —donde por cierto reivindicó de nuevo su papel al *revivir* la idea de Europa dos años atrás en Zúrich— es que aquí Churchill ofreció a sus colegas de partido una elaboración más de su idea de Europa, un esfuerzo audaz por hacer compatible el Imperio con la participación de Gran Bretaña en el proceso de construcción europea. Tras afirmar que en modo alguno la unidad europea podría perjudicar, «siquiera mínimamente, a nuestro Imperio o a la *Commonwealth* o al principio de la preferencia imperial», afirmó que «no es en modo alguno necesario elegir entre la unidad del Imperio y la unidad de Europa». A continuación, presentó a Gran Bretaña como el vértice, el único punto de unión de los tres grandes círculos de las naciones libres: primero, el Imperio y *Commonwealth* británico, después, el mundo de habla inglesa —con Gran Bretaña, Canadá, los dominios británicos y los Estados Unidos— y finalmente, la Europa unida. Solo nosotros, apuntó Churchill, tenemos la posibilidad de mantenerlos unidos, de modo que «quizás, una vez más, tengamos

la llave que abra las puertas a un futuro seguro y feliz para la humanidad». Varias veces volvería más tarde con esta idea de los tres círculos<sup>22</sup> para subrayar la compatibilidad de la construcción europea —tal y como se planteaba en aquel momento incipiente— con la *Commonwealth* y el Imperio.

En el siguiente discurso mencionado, pronunciado en Londres en noviembre de 1948, Churchill pedía la implicación de su gobierno en la futura Asamblea Europea que había propuesto el Congreso de La Haya y que sería establecida poco después en el seno del Consejo de Europa. Llama la atención, no obstante, la ambigüedad que mantuvo sobre el debate —ya vivo en Gran Bretaña, en el seno del Partido Conservador y hasta en el movimiento europeo— en torno a si la unión europea debía lograrse mediante una unión aduanera y una completa federación política o si tan solo había de consistir en una estrecha cooperación entre los gobiernos. Churchill consideraba ilusorio que Europa estuviese preparada para una federación política, «pero nadie puede decir que no será posible en el futuro», pues «bajo la presión creciente del peligro y la necesidad, concepciones que hoy son impracticables es posible que nos parezcan obvias e ineluctables en el plazo de unos pocos años». Por ahora, decía, «la creación de una Asamblea europea deliberativa no implica la transferencia de soberanía». Esperaba así que el gobierno no obstaculizase la puesta en marcha de la nueva organización.

Finalmente, en mayo de 1949, a pesar de sus reticencias, el gobierno británico firmaba, junto con Bélgica, Francia, Luxemburgo, Países Bajos, Irlanda, Italia, Dinamarca, Noruega y Suecia, el estatuto del Consejo de Europa, que tendría, por exigencia británica, un diseño estrictamente intergubernamental, sin requerir cesión alguna de soberanía por parte de sus Estados miembros.

En el mes de agosto, Churchill acudía a Estrasburgo para participar en la sesión inaugural de la nueva organización. Si

---

<sup>22</sup> Véase su discurso, recogido en estas páginas, de 26 de febrero de 1949 en Bruselas. También «*The three circles*», pronunciado el 20 de abril de 1949.

bien su condición era solo de líder de la oposición, dado que la representación gubernamental recaía en la delegación encabezada por Herbert Morrison, Churchill debió ser, aquel verano en Estrasburgo, el centro de todas las atenciones, «la fuerza dominante de la primera sesión»<sup>23</sup>. Además de participar apasionadamente en los debates, en las conversaciones de los pasillos y en la sala de fumadores, por las noches, Churchill recibía en su casa a invitados de todas las delegaciones y nacionalidades a los que se esforzaba por impresionar; como él mismo diría, tras una de las primeras jornadas en la que había hecho valer su influencia en las ajustadas votaciones: «Hacía años que no lo pasaba tan bien»<sup>24</sup>.

El día 12 pronunció su primer discurso, en un francés mejor que el usual, en la gran plaza Kléber. Cerca de 20.000 personas le recibieron y aplaudieron con entusiasmo. Cinco días más tarde tuvo lugar su discurso oficial ante la nueva Asamblea. Allí, Churchill se pronunció con prudencia sobre el diseño institucional de la nueva organización, declarando no estar aun personalmente comprometido con una solución federal o de otro tipo. Después, en el momento más señalado de su intervención increpó en pie a la Asamblea: «¿Dónde están los alemanes?». Reclamaba así que el gobierno de Alemania occidental fuese invitado e incluso, que se celebrase una Asamblea extraordinaria que hiciese posible su presencia en el futuro inmediato.

De vuelta en Londres, el 28 de noviembre en el Kinsway Hall, Churchill defendió una vez más la unidad europea reclamando que las recomendaciones de la Asamblea fuesen traducidas en acciones por parte de los gobiernos. Su apuesta por la participación británica fue aquí más lejos que nunca al plantear una participación de Gran Bretaña que incluyese, de algún modo, sus dominios. Gran

---

<sup>23</sup> HARRISON, V. ROBERT: *Winston Churchill and European Integration*, PhD. thesis, University of Aberdeen, 1985, p. 355.

<sup>24</sup> «Estaba tan cansado que yacía en su cama —totalmente vestido— declarando repetidamente: Hacía años que no lo pasaba tan bien. Esplendido. Realmente divertido.», MACMILLAN, H.: *Tides of fortune, 1945-1955*, London, MacMillan, 1969, p. 171.

Bretaña, dijo Churchill, es una parte integral de Europa, pero no puede ser considerada un solo Estado aislado, es fundador y centro de un Imperio y *Commonwealth*; sin embargo, nadie nos pide desertar de ello: «Entrar en una unión europea de la que el Imperio y la *Commonwealth* quedaran excluidos no solo sería imposible para Gran Bretaña, sino que, a los ojos de Europa, reduciría enormemente el valor de nuestra participación».

Por eso, no habría tiempo que perder, debiendo tratarse el asunto en la próxima reunión a celebrar en Colombo con los ministros de Exteriores de la *Commonwealth*:

«El gobierno británico ha manifestado con toda la razón que no puede comprometer a su país con una unión europea de cualquier tipo sin el acuerdo de los demás miembros de la *Commonwealth* británica. Todos estamos de acuerdo con esa opinión. Pero no hay que perder tiempo en discutir la cuestión con los dominios y tratar de convencerles de que sus intereses, como los nuestros, dependen de una Europa unida».

Este constituye, quizás, el mayor esfuerzo de Churchill por lograr la cuadratura del círculo y hacer compatible, de algún modo, el Imperio y el proyecto europeo. En estos momentos, Churchill apoyaba apasionadamente la idea de Europa y el progresivo desarrollo de un sentimiento de pertenencia y unidad, pero manifestaba sus reticencias hacia lo que él denominaba «unas constituciones rígidas», sabedor de la resistencia que laboristas y también los conservadores opondrían a una Europa federal. Si la nueva Europa renunciaba a un modelo federal y se lograba incorporar de algún modo a los dominios, Churchill podía aún esperar la participación británica. Poco después, sin embargo, con la declaración Schuman, el proyecto europeo tomaría un camino que los británicos no podrían recorrer.

### *Churchill y el Plan Schuman*

En febrero de 1950 tuvieron lugar nuevas elecciones generales que se saldaron con una estrecha victoria laborista. A sus setenta



y cinco años, tras haber sufrido casi en secreto un primer infarto, con un incipiente problema de audición y a pesar de las voces de su partido que comenzaban a plantear su reemplazo, Churchill se preparó para liderar de nuevo la oposición.

El nueve de mayo de 1950 la construcción europea daba un giro radical con la propuesta de Robert Schuman de establecer una Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Si bien el canciller alemán, Konrad Adenauer, y el secretario de Estado americano, Dean Acheson, estaban al tanto, el gobierno de Attlee no había sido informado previamente y su recepción fue fría. También la prensa británica recogió la noticia con escepticismo, *The Times* mostró sus reservas por el uso del término *federación* y el *Daily Express* afirmó que sería «el fin de la independencia británica».

El once de mayo, Attlee saludó en los Comunes la reconciliación franco alemana, pero quiso examinar detenidamente los detalles del plan, anticipando que su gobierno no se comprometería por adelantado a aceptar sus principios. En los días siguientes, se sucedieron los intercambios diplomáticos entre París y Londres. Cuenta Monnet<sup>25</sup> que en ellos los británicos preguntaban si el plan Schuman era negociable, si podían sentarse a la mesa para poner en entredicho la Alta Autoridad. Monnet se mantuvo firme y el 25 de mayo el gobierno francés dirigió un memorándum a Londres, así como a los gobiernos de Alemania, Bélgica, Holanda, Luxemburgo e Italia, en los mismos términos que la declaración de nueve de mayo. La respuesta británica fue inequívoca:

«Hemos recibido su memorándum. Debe entenderse que, si el gobierno francés pretende insistir en el compromiso de poner en común los recursos y en crear una Alta Autoridad con poderes soberanos, y ello como condición previa a la participación en las negociaciones, el gobierno británico, sintiéndolo mucho, no podrá aceptar semejante condición».

---

<sup>25</sup> MONNET, J.: *Memorias*, op.cit., p. 352.

En los días que siguieron, continuó el intercambio entre París, desde donde Monnet se afanaba en afirmar que el objetivo era una fusión parcial de las soberanías, y Londres, que barajaba una posible posición *especial*. Finalmente, cuenta Jean Monnet, convini-mos mantenernos mutuamente informados con «la intención de tener muy en cuenta el punto de vista del gobierno británico, que tendrá la facultad de unirse o asociarse a la obra común en el momento en que lo juzgue posible»<sup>26</sup>.

El 13 de junio, el mismo día que Attlee informaba en los Co-munes del fracaso de las conversaciones, la ejecutiva del Partido Laborista, liderada por Hugh Dalton, publicaba un durísimo do-cumento que rechazaba de lleno «cualquier autoridad suprana-cional que pueda interferir en la experiencia socialista británica». Pocos días después, el 27 de junio, Churchill se pronunciaba en la Cámara de los Comunes sobre ese «folleto extraordinario» y esa «actitud miserable» que parecía afirmar que la unidad europea y la participación británica solo podrían tener lugar desde una apro-ximación socialista. Este discurso, recogido en estas páginas con el título «El Plan Schuman», es quizás el más valioso y revelador escrito de Churchill sobre la construcción europea.

En él, Churchill criticó enérgicamente la *línea insular* del Parti-do Laborista<sup>27</sup> y se mostró *consternado*<sup>28</sup> ante la negativa del go-bierno de participar incluso en unas negociaciones que a nada les hubiesen comprometido sin su firma —«*Les absents ont toujours tort*», diría—. Denunció también que la hostilidad del gobierno laborista hacia el movimiento europeo y sus constantes esfuerzos para obstruir y dificultar cualquier progreso en el Consejo de Eu-ropa explicaban la actitud del gobierno francés hacia el británico en relación con el Plan Schuman.

Frente a sus intervenciones previas en los debates sobre el Consejo de Europa, en las que cabía aún cierta ambigüedad, ante la realidad de

---

<sup>26</sup> MONNET, J.: *Memorias*, op.cit., p. 355.

<sup>27</sup> JENKINS, R.: *Churchill*, op.cit., p. 816.

<sup>28</sup> GILBERT, M.: *Winston S. Churchill*, vol. VIII, op.cit., p. 535.

la primera Comunidad supranacional, Churchill se pronunció aquel día con total transparencia: «Centro del Imperio Británico y de la *Commonwealth* y fraternalmente asociados con los Estados Unidos y el mundo de habla inglesa, Gran Bretaña no puede participar en una Europa federal». No obstante, señaló que tendrían que apoyarla y favorecerla de todos los modos posibles y estar, de alguna manera, «asociados estrechamente». Sino, la ausencia británica perturbaría el equilibrio europeo: «Sin Gran Bretaña, la comunidad del carbón y del acero tenderá naturalmente a estar dominada por Alemania».

Esta línea argumental sería posteriormente ratificada en los meses que siguieron: Churchill continuaría lamentándose de que el gobierno laborista no hubiese siquiera participado en las negociaciones y esperaba encontrar las bases que permitiesen a Gran Bretaña, de un modo u otro, «asociarse con la organización de Schuman»; sin embargo, también reiteraría que «nosotros no podríamos aceptar las instituciones federales supranacionales concebidas originalmente en el Plan Schuman»<sup>29</sup>.

Que la razón tras esta negativa a participar *plenamente* en un sistema federal tuviese que ver con los vínculos transnacionales de Gran Bretaña y no con la negación de una posible cesión de soberanía, queda en nuestra opinión fuera de toda duda en la intervención de la Cámara de los Comunes:

«Hay un asunto trascendental de naturaleza moral e ideal, aunque irrelevante para nuestros objetivos inmediatos, que ha sido motivado, incitado por las negociaciones que han tenido lugar. Nos desafían con esta pregunta: «¿Están ustedes preparados para ceder una parte de su soberanía nacional en determinadas circunstancias y por el bien de una síntesis mayor? (...). Los partidos conservador y liberal dice, sin vacilación, que estamos preparados para considerar, y en caso de estar convencidos aceptar, la derogación de la soberanía nacional, siempre que nos satisfagan las condiciones y garantías».

Y añadía poco después: «La soberanía nacional no es inviolable». Para terminar con esta etapa, previa a su segundo mandato, re-

---

<sup>29</sup> Discurso de 23 de julio de 1951.

cogemos en estas páginas dos discursos más, pronunciados tras el inicio de la guerra de Corea<sup>30</sup>. A partir de ese momento, la defensa europea y el papel de Alemania en la misma ocuparon todas las atenciones. El más importante, y más concienzudamente preparado<sup>31</sup>, fue el discurso pronunciado en el mes de agosto en Estrasburgo, en una nueva sesión de la Asamblea del Consejo de Europa en la que, ahora sí, ya estaba presente la delegación alemana.

Ante el deterioro de la situación internacional, Churchill se pronunció en favor del establecimiento de un ejército europeo con un mando unificado, considerando que sin un ejército europeo sería casi imposible llegar a un acuerdo sobre el rearmamento de Alemania, y sin una contribución sustancial de Alemania no podría haber un sistema efectivo de defensa europea. Su propuesta de resolución para la inmediata creación de un ejército europeo unificado fue aprobada con 89 votos a favor, 5 en contra y 27 abstenciones, gran parte de las cuales fueron de los diputados laboristas<sup>32</sup>.

Sin embargo, cuando en el mes de octubre el gobierno francés presentó el Plan Pleven que proponía la creación de un ejército europeo, con participación alemana, bajo una autoridad supranacional similar a la propuesta por Schuman para la CECA, Churchill manifestó sus reservas y denominó la propuesta francesa nada menos que una «amalgama fangosa».

Pensaba Churchill que un ejército europeo que no preservase contingentes nacionales no tendría el espíritu o la tradición necesaria y no sería más que una fuerza ineficiente e ineficaz. La propuesta francesa difería notablemente de su plan original, de acuerdo con el cual los países europeos, salvo Alemania, mantendrían un ejército nacional, contribuyendo además al ejército europeo. A

---

<sup>30</sup> El debate en la Cámara de los Comunes tuvo lugar dos días después de que se conociese el inicio de la guerra de Corea.

<sup>31</sup> Harold Macmillan, que le acompañó en los cuatro días que pasó preparando el discurso, manifestó una vez más su asombro por su capacidad incansable de trabajo y de su dedicación a cada detalle. MACMILLAN, H.: *Tides of Fortune*, op.cit., p. 216.

<sup>32</sup> GILBERT, M.: *Winston S. Churchill*, vol. VIII, op.cit., p. 543.

pesar de los esfuerzos de Jean Monnet por persuadir a Churchill señalando que el plan Pleven bebía de su propuesta de Zúrich de que «Francia llevase a Alemania de la mano», y a pesar, también, de la presión de los Estados Unidos, en lo que respecta a la Comunidad Europea de Defensa, Churchill permaneció recalcitrante hasta el final<sup>33</sup>.

En Gran Bretaña esta era también la opinión de Ernest Bevin y los laboristas. En cuanto a los conservadores, Duncan Sandys, en la línea de Churchill, habló en los Comunes en favor del ejército europeo, pero en contra del Plan Pleven, y Anthony Eden se manifestó expresamente contra la participación británica. El asunto flotaba en el aire cuando en el 25 de octubre de 1951 las elecciones dieron la victoria a los conservadores que obtuvieron 321 escaños frente a 295 laboristas. Churchill sería de nuevo primer ministro.

### *El descuido de Europa en los años de su segundo mandato. 1951-1955.*

Hasta aquel momento, la oposición se había mostrado mucho más partidaria de la unidad europea que el gobierno laborista. Por ello, muchos debieron pensar entonces, en Gran Bretaña y en el continente, que la victoria de los conservadores marcaría un nuevo comienzo en lo relativo a la participación británica en las organizaciones europeas. Sin embargo, los acontecimientos tomaron pronto otro camino.

En el nuevo gabinete de Churchill, que pronto cumpliría setenta y siete años, Anthony Eden asumió, por tercera vez, la cartera de Exteriores. Sin embargo, probablemente por influencia suya, los líderes conservadores que habían defendido la idea de Europa desde la Asamblea de Estrasburgo ocuparon cargos apartados de

---

<sup>33</sup> Gilbert da cuenta de las reticencias expresadas por Churchill en la conversación mantenida sobre el Plan Pleven la noche del 10 de septiembre de 1951. Aquella noche cenaron en la Embajada británica de París Churchill, Paul Reynaud, Jean Monnet y el general Stehlin. GILBERT, M.: *Winston S. Churchill*, vol. VIII, op.cit., pp. 634-366.

los asuntos internacionales. Harold Macmillan asumió la cartera de Vivienda, Maxwell-Fyfe Asuntos de Interior, Duncan Sandys Suministros y David Eccles Educación, quedando estos dos últimos fuera del gabinete y todos ellos tan ocupados que, a pesar de mantener sus posiciones europeístas, tendrían poco tiempo para nada más.

Al frente de Exteriores, alineado con las posiciones más escépticas sobre Europa que dominaban en el Foreign Office, Eden tomó de inmediato las riendas de la política exterior. El mismo mes de noviembre anunció en Roma que Gran Bretaña no participaría en la Comunidad Europea de Defensa. Esto causó un verdadero revuelo en el gabinete donde se había acordado una posición más matizada de acuerdo con la cual Gran Bretaña «solo participaría en términos intergubernamentales». Maxwell-Fyfe, que se había dirigido a la Asamblea del Consejo de Europa comprometiéndose a examinar el caso y afirmando que «no había rechazo por parte del Reino Unido» estuvo al borde de la dimisión, y la delegación conservadora en Estrasburgo remitió a Churchill una carta de protesta que no obtuvo respuesta<sup>34</sup>.

Eden afirmó así su autoridad en política exterior, y esta no fue cuestionada por el primer ministro. Macmillan, Maxwell-Fyfe y los demás poco pudieron hacer. En el mes de diciembre Churchill confirmaba en París que Gran Bretaña no podría participar en la Comunidad Europea de Defensa (CED), si bien añadía que *apoyaba* el proyecto y estaría tan estrechamente *asociada* como fuese posible<sup>35</sup>. En mayo de 1952 los seis fundadores firmaban el Tratado de la CED y en julio, la Comunidad Europea de Carbón y Acero (CECA) iniciaba su andadura sin participación británica. A lo largo de aquel año, el gobierno propuso que la CECA y otras organizaciones europeas se situasen bajo la órbita del Consejo de Europa, de modo que los Estados pudiesen libremente sumarse dentro de un marco común. La propuesta, que se repetiría en términos semejantes en los

---

<sup>34</sup> Sobre este episodio véase ASHFORD, N.: *The Conservative party and European Integration, 1945-1975*, op.cit., p. 95

<sup>35</sup> GILBERT, M.: *Churchill, A life*, Pimlico, 2000, London, p. 900.

siguientes años, fue recibida con frialdad desde Europa continental, que temía los intentos británicos de diluir sus esfuerzos y privar a la nueva Comunidad de carácter supranacional.

El escepticismo sobre Europa de Anthony Eden explica, en cierta medida, la política europea del segundo gobierno de Churchill. Conviene recordar que, desde el inicio de su mandato, el debate sobre la salud del primer ministro y la posibilidad de su retirada estuvo siempre presente. Él mismo confió a Jock Colville<sup>36</sup>, uno de sus secretarios personales, que su intención era ejercer su mandato tan solo por un año, y luego, ceder el puesto a Eden. Después, esa cesión no dejó de retrasarse una y otra vez, enrareciendo la relación personal entre Churchill y Eden, que entre tanto había contraído matrimonio con su sobrina Clarissa. En estas circunstancias, a su edad y con unas fuerzas menguantes, el primer ministro se resistía a contradecir la política exterior de su siempre inminente sucesor. Cuenta su último secretario personal, Montague Brown que, si bien la política del nuevo gobierno hacia Europa no fue tan negativa como la de los laboristas —cuyo mandato tácito había sido *embrace destructively*—, en los años que siguieron, Eden lideró la indiferencia, y fue *generalmente apoyado* por el primer ministro<sup>37</sup>.

A lo largo de 1952 la salud de Churchill se fue deteriorando y algunas voces en el partido pidieron su relevo. Sin embargo, en el mes de abril, fue Eden el que enfermó, y el propio primer ministro asumió en su ausencia la cartera de Exteriores. Poco después, la muerte de Stalin procuró a Churchill un nuevo sentido a sus esfuerzos y un proyecto al que se entregaría apasionadamente en los últimos años de su mandato: la celebración de una cumbre que permitiese pasar página y establecer una nueva relación con la Unión Soviética. El once de mayo, Churchill pronunciaba en la Cámara de los Comunes el discurso que se recoge en estas páginas, en el que, animado por «una serie de gestos amigables

---

<sup>36</sup> COLVILLE, J.: *The Fringes of Power, Downing Street Diaries, 1939-1955*, Hodder and Stoughton, London, 1985, p. 632.

<sup>37</sup> MONTAGUE BROWN, A.: *Long sunset, Memoirs of Winston Churchill's last private secretary*, Podkin Press, London, 2009, p. 138.

del nuevo gobierno soviético» y la posibilidad de una distensión, proponía la celebración de una conferencia al más alto nivel.

En cuanto a sus palabras sobre Europa, en esta larga intervención Churchill reivindicó una vez más su discurso de Zúrich. Sin embargo, reiteró que Gran Bretaña no participaría en una Europa federal, recuperando ahora esas palabras de tiempos atrás — «estamos con Europa, pero no en ella» — que no habían aparecido en los discursos pronunciados desde la oposición. También conviene notar la ausencia de esa llamada a una *asociación* con el Plan Schuman, que tanto había reclamado antes.

En el verano del 53, durante una cena con Alcide de Gasperi, el primer ministro sufrió un segundo infarto que fue mantenido en secreto. Su recuperación fue lenta y las presiones para que dimitiese se acrecentaron. Sin embargo, en noviembre, su salud mejoró y también su ánimo. Eden tendría que esperar. En diciembre, viajó a las Bermudas para reunirse con el primer ministro francés y con Eisenhower, con el fin de lograr su apoyo para la celebración de una cumbre con Rusia. Tras otro viaje a Washington con el mismo propósito en junio del 54, se comprometió con Eden a renunciar en septiembre, pero de nuevo fue posponiéndolo una y otra vez, decidido a realizar su última contribución, su último servicio para la paz mundial. Mientras, la prensa británica y hasta los miembros de su gabinete pedían su retirada. A inicios de 1955 decidió irse en abril y, tras una última vacilación, el cuatro de abril ofrecía a la Reina y al duque de Edimburgo una cena despedida en Downing Street. Recogemos en estas páginas una foto de aquella noche especial.

### *La unidad europea en sus últimos años. 1955-1965.*

Churchill continuó como diputado nueve años más, pero apenas volvió a dirigirse a la Cámara de los Comunes<sup>38</sup>. Las fuerzas y la salud le fueron abandonando y pocas veces volvería a hablar en público.

---

<sup>38</sup> Con la sola excepción de unas palabras para mostrar su gratitud por las felicitaciones recibidas con ocasión de su octogésimo octavo cumpleaños.



En mayo de 1956 volvió a Alemania, once años después de las negociaciones de Potsdam, para recibir en Aquisgrán el Premio Carlomagno. En su discurso, que esta vez fue redactado con sus indicaciones por Montague Brown, Churchill recordó sus palabras pronunciadas en Zúrich diez años atrás.

Recogemos también su breve intervención, de nueve de julio de 1957, sobre el Mercado Común. Los británicos habían participado inicialmente en las conversaciones de Messina, pero abandonaron a fines de 1955, conscientes del carácter supranacional del proyecto. Su propuesta alternativa de crear un área de libre cambio sin visos de integración política y que excluyese además la agricultura fue discutida a lo largo de 1956, pero recibió pocos apoyos en el continente y el 25 de marzo de 1957 los seis fundadores de la CECA firmaban, sin Gran Bretaña, el Tratado de la Comunidad Económica Europea.

En sus palabras aquel mes de julio, preparadas por Montague Brown tras una conversación con el Foreign Office, Churchill daba la bienvenida al Mercado Común «si ello supone un paso hacia la creación de un área de libre comercio a la que toda la Europa libe tenga acceso» pues en otro caso «no facilitaría la unidad de Europa sino su división». Manifestaba así su voluntad de unirse a un área de libre cambio, y su confianza en que, «si nuestros amigos del continente desean alcanzar un acuerdo» podría encontrarse un modo de satisfacer los intereses de todos.

Cuenta Montague Brown que, en aquel momento, esta era una cuestión en tal medida pendiente de resolución para Gran Bretaña, que a la hora de redactar el discurso consideró que Churchill no debía ir más allá de sus declaraciones anteriores, «muy generales en lo que se refiere a Gran Bretaña». Sin embargo, añadió, Churchill agregó sus propias palabras al borrador: «Mi mensaje a Europa es hoy el mismo que hace diez años —únete—. La seguridad y la prosperidad de Europa residen en la unidad»<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> MONTAGUE BROWN, A.: *Long sunset, Memoirs of Winston Churchill's last private secretary*, op.cit., p. 271.

En los meses que siguieron, los británicos propusieron establecer una Asociación Europea de Libre Cambio, en la que finalmente participarían junto con Noruega, Dinamarca, Suecia, Austria, Suiza y Portugal. Si bien en Gran Bretaña algunos la consideraban como un posible puente hacia la Comunidad Económica Europea, los seis socios comunitarios la percibieron como un rival. Así, finalmente, a pesar de las sucesivas iniciativas británicas en este período, el objetivo de lograr una unión europea de naturaleza intergubernamental no fue logrado, y el resultado confirmó por el contrario sus peores temores: una Europa occidental dividida; ello contribuiría más tarde a la revisión de la posición británica y eventualmente a la solicitud formal de adhesión<sup>40</sup>.

Cierra esta publicación la reveladora carta dirigida en el verano de 1961 por Winston Churchill a Doris Moss, presidenta de su distrito electoral, que contiene su opinión sobre la solicitud de adhesión británica del gobierno de Harold Macmillan y termina con estas palabras:

«Creo que el gobierno hace bien al solicitar la adhesión a la Comunidad Económica Europea, no porque yo esté ya convencido de que podremos unirnos a ella, sino porque me parece que no hay ninguna otra manera de saber exactamente si las condiciones de la adhesión son aceptables».

A nuestro entender, de ello se desprende que Gran Bretaña debería unirse si las condiciones fuesen aceptables, pero no siempre se ha interpretado en este sentido el contenido de esta carta, que aún daría mucho que hablar.

En 1962, estando en Moncarlo, Churchill se rompió la cadera. A pesar de que rápidamente se preparó su estancia en un hospital francés, expresó su voluntad de morir en Inglaterra y al conocer la noticia, Harold Macmillan envió de inmediato un avión de las Fuerzas Aéreas a buscarle. Estando ingresado en Londres, le visitó el Mariscal Montgomery. Al finalizar su encuentro,

---

40 ASHFORD, N.: *The Conservative party and European Integration, 1945-1975*, op.cit., p. 91.

Montgomery comunicó a la prensa que «Churchill se oponía total y absolutamente a la adhesión británica a la Comunidad Europea». Cuenta Montague Brown, siempre generoso y delicado, que «esto no era una invención, sino una seria malinterpretación de la opinión de un hombre anciano y enfermo». Sea como fuere, ante el revuelo causado, Montague Brown se apresuró en transmitir a la prensa el contenido de la carta privada enviada a Doris Moss, pensando —tras doce años al servicio de Churchill— que era el texto que con más fidelidad recogía sus ideas sobre este asunto<sup>41</sup>.

A pesar de que el propio Montague Brown consideraba que aquella carta nadaba entre dos aguas, tuvo el efecto de equilibrar la negativa impresión transmitida por las indiscretas palabras de Montgomery y calmar al primer ministro Macmillan, que reclamaba el apoyo de Churchill. Montague Brown explica en su libro el interés de su familia, y el suyo personal, en que en aquellos últimos años las palabras e ideas de Churchill no fuesen utilizadas impropiedades pues existía aún una verdadera necesidad pública de conocer sus opiniones. Sin duda, esa necesidad sigue existiendo en la actualidad, tantos años después de su muerte. En cuanto a la naturaleza de la carta, el lector sabrá valorar si efectivamente transmite cierta ambigüedad o si, por el contrario, la impresión resultante es de firme apoyo al inicio de las negociaciones y también, en condiciones razonables, a la adhesión.

### *Un balance final*

Resultaría tan sencillo como inútil invocar una cita aislada de Churchill para probar o negar su apoyo a la participación de Gran Bretaña en la construcción europea. También sería ingenuo considerar que su opinión al respecto permaneciese inalterada a lo largo de tantos años, o que esta fuese la posición que él hubiese mantenido en nuestros días, ante una realidad tan diferente en el Reino

---

<sup>41</sup> Sobre este episodio véase MONTAGUE BROWN, A.: *Long sunset, Memoirs of Winston Churchill's last private secretary*, op.cit., p. 273-274.

Unido y en Europa. Por ese motivo, hemos querido recoger en este libro los discursos sobre la unidad europea pronunciados por Churchill desde 1945. Ellos transmiten, con toda su complejidad y en su contexto, las ideas de su autor sobre Europa y nos permiten responder a tres preguntas que siguen siendo relevantes en nuestros días: ¿Fue realmente Churchill el gran valedor de la unidad europea en los años de la posguerra? ¿Iba su idea de Europa más allá de una mera cooperación entre sus gobiernos? ¿Cuál era su opinión sobre la participación británica?

Churchill fue, a nuestro parecer, la voz más potente que se alzó en favor de la unidad europea inmediatamente tras la Segunda Guerra Mundial. La necesidad de una reconciliación franco-alemana, que intuyó tempranamente, se convirtió a partir del discurso de Zúrich, cuando a muchos parecía *una proposición escandalosa*, en una firme apuesta personal. Al servicio de la unidad europea puso, durante años, su inestimable prestigio, su tremenda capacidad de trabajo y su inspiradora oratoria. Su contribución crucial a la hora de legitimar el movimiento europeo e impulsar en La Haya y Estrasburgo su institucionalización parece indiscutible. Además, Churchill estuvo siempre orgulloso de ello. En los años que siguieron recordó una y otra vez sus palabras de Zúrich, reivindicando su papel en esta causa, como diría en una de sus últimas intervenciones, tan cercana, por tantos años, a su corazón.

A nuestro parecer, a pesar de la opinión de algunos autores como Max Beloff, que parecen encontrar en su europeísmo poco más que una idea abstracta o un ejercicio retórico, Churchill sí fue un *profeta de Europa*<sup>42</sup>. Su europeísmo —como ha señalado Roy Jenkins— «no era superficial»<sup>43</sup>. La creación de una Europa unida

---

<sup>42</sup> En contra de esta opinión, Max Beloff finaliza su estudio sobre Churchill y Europa señalando que en los años posteriores a 1945, cuando los elementos esenciales de la nueva Europa empezaron a emerger, éstos eran muy extraños para Churchill, el victoriano: «No fue, en modo alguno, su profeta». BELOFF, MAX: «Churchill and Europe», op.cit., p. 455.

<sup>43</sup> JENKINS, R.: *Churchill*, op.cit., p. 818.

fue —en palabras de su biógrafo Martin Gilbert— «uno de los tres asuntos que dominarían su pensamiento después de la guerra»<sup>44</sup>.

La apuesta de Churchill por la unidad europea no se limitó, además, a una mera aproximación intergubernamental. Es cierto que su contribución fundamental se produjo en los años del establecimiento del Consejo de Europa, que sería entonces, como aún es en nuestros días, una organización basada en la cooperación intergubernamental. Es cierto también que en aquellos años Churchill, sabedor de que todo viso de supranacionalidad dificultaría la participación del Reino Unido, se resistía a precisar los detalles del diseño de las instituciones europeas, manteniendo al respecto cierta ambigüedad.

Sin embargo, no es menos cierto que la lectura de sus escritos manifiesta una significativa apertura a la idea de la soberanía compartida que él percibía, ya entonces, como un medio que permitiría a los Estados europeos proteger en común unas costumbres y tradiciones que solos no podrían preservar. Churchill consideraba necesario desarrollar primero una opinión pública favorable y era consciente de la dificultad de que aquella Gran Bretaña participase en una organización federal. Pero también afirmaba sin rodeos que «la soberanía nacional no es inviolable», y ante la posibilidad de una completa federación política respondía: «Quien sabe qué será posible en el futuro». Churchill comprendía en aquel momento su imposibilidad, pero como han señalado Nigel Ashford<sup>45</sup> o Wendell Mauter<sup>46</sup> no descartaba, a largo plazo, la idea de una federación o una Europa supranacional. En esta línea, Robert Harrison<sup>47</sup> ha de-

---

<sup>44</sup> Los otros dos fueron la alianza con los Estados Unidos para disuadir la expansión soviética y la unión de las democracias, bajo las Naciones Unidas, para evitar una segunda deriva hacia la guerra por debilidad frente a la tiranía. GILBERT, M.: *Churchill, A life*, op.cit., p. 862.

<sup>45</sup> ASHFORD, N.: *The Conservative party and European Integration, 1945-1975*, op.cit., p. 44.

<sup>46</sup> MAUTER, R. WENDELL: «Churchill and the unification of Europe», op.cit., p. 82.

<sup>47</sup> HARRISON, V. ROBERT: *Winston Churchill and European Integration*, op.cit., pp. 348-349. «Consideraba la federación un objetivo secundario y a largo

nominado a su aproximación *gradual*, considerando que apoyaba el establecimiento inmediato de unas instituciones intergubernamentales —que fortaleciesen a los Estados europeos frente a la amenaza soviética— pero sin renunciar a un objetivo último de carácter federal.

Queda pendiente, por último, la cuestión más difícil, la que atañe a la participación del Reino Unido. A la vista de la política europea de los años de su segundo mandato se ha sugerido que su anterior europeísmo pudiese responder a un interés, tras la derrota electoral de 1945, de ganar un foro internacional que realizase su estatura como líder mundial y le permitiese marcarse algunos tantos contra el gobierno laborista<sup>48</sup>. Por ello, algunos consideran que no hubo realmente una contradicción entre su europeísmo en los años de la oposición y el olvido de Europa en su segundo gobierno, pues el primero sería poco más que un ejercicio retórico y nunca contempló realmente la entrada británica en una organización supranacional<sup>49</sup>.

En nuestra opinión, sin embargo, y al margen de que una posición tacticista pudiese parecer poco propia de él, la lectura de sus discursos no permite minusvalorar su europeísmo, ni su creciente interés por la participación británica. Como se ha señalado en este estudio, después de 1946 —momento en el que excluía claramente a Gran Bretaña— fue proponiendo, a cada paso, una mayor participación —en 1947 en el Albert Hall, en 1948 en La Haya y después

---

plazo, que debería seguir la creación de unas instituciones intergubernamentales eficaces. Mientras renovaba su compromiso con la federación como objetivo último, estaba dispuesto a ceder en la discusión explícita de las fórmulas federales con el fin de no comprometer la tarea más urgente de asegurar una cooperación eficaz».

<sup>48</sup> MAUTER, R. WENDELL: «Churchill and the unification of Europe», op.cit., p. 82. La misma conclusión se desprende del artículo de BELOFF, M.: «Churchill and Europe», op.cit., p. 443-455.

<sup>49</sup> BELOFF, MAX: «Churchill and Europe», op.cit. Montague Brown parece llegar a una conclusión cercana al afirmar que la sentencia que mejor expresa su opinión sobre el lugar de Gran Bretaña en Europa es «*With but not of*», MONTAGUE BROWN, A.: *Long sunset, Memoirs of Winston Churchill's last private secretary*, op.cit., p. 274.

en Llandudno, en 1949 en el Kingsway Hall... —, llegando a imaginar la idea de los tres círculos y a reclamar un acomodo entre el Imperio y la Europa unida.

Su interés en la participación británica fue concreto y creciente desde 1947 hasta 1951. Como ha señalado Roy Jenkins<sup>50</sup>, algunos párrafos de estos discursos son difícilmente reconciliables con la idea de que Gran Bretaña se limitase a animar desde fuera. Sirvan como ejemplo sus palabras sobre el espíritu y la identidad europea, que necesariamente debían incluir a Gran Bretaña, pronunciadas en el Albert Hall.

En cambio, sí parece existir un antes y un después de 1951. Creemos que este cambio se explica en gran medida por el giro supranacional que la construcción europea había iniciado con el Plan Schuman, emprendiendo un camino ambicioso que Gran Bretaña no podría recorrer. La Comunidad Europea del Carbón y del Acero nació en 1952 con un acusado carácter supranacional. Poco después, la Comunidad Europea de Defensa constituía una iniciativa de tal ambición, que tras muchas vicisitudes fracasaría en 1954. De ese modo, el segundo mandato de Churchill coincidió exactamente con el gran salto adelante del proyecto europeo. Ni siquiera la Comunidad Económica Europea, en 1957, tendría el carácter supranacional de la CEECA o el aire federal de la CED.

Si bien Churchill había impulsado apasionadamente la unidad europea llegando incluso a contemplar posibles cesiones de soberanía, era bien consciente de la dificultad de que Gran Bretaña participase entonces en una Europa federal, como se vislumbraba tras 1951. Ello se debía, sin duda, al Imperio y la *Commonwealth*, y todo lo que ello significaba para un victoriano como Churchill que, en aquellos tiempos, a pesar de su declive, no podía adivinar en qué medida aquel mundo tocaba su fin. Al fin y al cabo, Gran Bretaña había diseñado con los Estados Unidos y la Unión Soviética el nuevo escenario de la posguerra, y aún podía considerarse, frente a una Europa debilitada e insegura, una potencia mundial.

---

<sup>50</sup> JENKINS, R.: *Churchill*, op.cit., p. 815.

Esta es, a nuestro entender, la causa que explica en mayor medida el descuido de Europa en los años de su segundo mandato.

Por el contrario, la relación especial con los Estados Unidos, sin lugar a dudas prioritaria para él, no pudo impedir una mayor participación en la integración europea pues por aquel entonces Churchill ya había podido comprobar que, lejos de disuadir, el gobierno americano animaba a la participación británica<sup>51</sup>. Tampoco es probable que su avanzada edad fuese determinante, pues no le impidió promover con la pasión que le caracterizaba otros objetivos como la celebración de la frustrada cumbre con los soviéticos. Por último, tampoco nos parece que el escepticismo hacia Europa de su inminente sucesor, Anthony Eden, pueda explicar plenamente su actitud, pues en otras ocasiones no dudó en hacer valer frente a él su opinión, como haría en particular, faltando reiteradamente a su compromiso, al retrasar una vez tras otra la fecha de su retirada.

Así pues, si en efecto su proyección mundial fue la causa fundamental de que en su segundo mandato Churchill no llevase a Gran Bretaña de la mano a la nueva Europa supranacional bien podría decirse, como afirmó Edward Heath<sup>52</sup>, que su reticencia se basaba en las circunstancias, no en los principios. En esta línea, Vernon Bogdanor<sup>53</sup> ha señalado que a su parecer si Churchill hubiese vislumbrado que Gran Bretaña dejaría de ser una potencial imperial o mundial, habría percibido que su futuro estaba con Europa. Quizás por ello, en sus últimos años, pareció reconsiderar la cuestión,

---

<sup>51</sup> Roy Jenkins ha explicado que el apoyo a la unidad europea era por aquel entonces una política asentada por parte de los americanos y permanecería así por muchos años. Por ello, las reticencias británicas a participar eran un factor que, lejos de ayudar, exacerbaban las relaciones de Londres con Washington. JENKINS, R.: *Churchill*, op.cit., p. 817. Las conversaciones de Dean Acheson con Churchill en torno a la Comunidad Europea de Defensa dan también buena cuenta de ello.

<sup>52</sup> HEATH, E., «A Euro-sceptic? Churchill? Never», *The Independent*, 27.9.1996.

<sup>53</sup> BOGDANOR, V., ponencia en el Museo de Londres, *The Legacy of Sir Winston Churchill*, pronunciada el 22 de enero de 2015. Disponible en: <http://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/the-legacy-of-winston-churchill>.



como creemos que hizo en la discutida carta con la que cerramos esta publicación.

Para terminar, la lectura de estos discursos pudiese sugerir una última pregunta sobre cuál habría sido el destino de Europa si el entusiasmo de Churchill por la idea de la unidad europea, su apertura a la posibilidad de una soberanía compartida y su capacidad para despertar la imaginación de los británicos hubiesen concurrido en un momento más tardío, cuando los vínculos trasatlánticos de Gran Bretaña hubiesen sido más débiles, cuando el peso de la historia hubiese sido menor. Algo así se planteaba Montague Brown al señalar que, si Gran Bretaña hubiese tomado la iniciativa antes del Tratado de Roma, en 1957, las cosas bien podrían haber sido diferentes: «Si hubiese podido, con su viejo fuego y su elocuencia conducir a Gran Bretaña a Europa, el país podría haber sido persuadido de que sus intereses realmente estaban en esa dirección. Pero tendríamos que haber sido los fundadores y los líderes»<sup>54</sup>.

*Belén Becerril Atienza*

---

<sup>54</sup> No obstante, es preciso señalar que Montague Brown, que le acompañó desde 1952 —por tanto, pasados los años de su más apasionada defensa de la unidad europea— creía que Churchill no habría querido hacerlo. Como ya se indicó, en su opinión la idea de «Con Europa, pero no en Europa» era la que mejor expresaba su aproximación a esta cuestión. MONTAGUE BROWN, A.: *Long sunset, Memoirs of Winston Churchill's last private secretary*, op.cit., 275.